

RACIONALIDADES, PARADOJAS Y SINSENTIDOS EN TORNO A LA PANDEMIA

CARLOS A. ZAVARO PÉREZ

La pandemia producida por el coronavirus ha paralizado al mundo a la espera de una de las tantas vacunas en desarrollo, mientras las noticias en torno al virus ocupan las tapas de los diarios y las pantallas. Ello fomenta una saturación de información que al menos resulta contradictoria y que incluso incluye teorías de tipo conspirativas, que ponen en evidencia la diversidad de lógicas que operan en la construcción de sentido en torno a la realidad (Berger y Luckmann, 1968). Esta lectura del entorno, signada por la diversidad de intersubjetividades emergentes (Zavaro, 2018), acota nuestra cotidianidad al sistema de razones que estructuran y conforman una racionalidad ambiental (Leff, 2011) que o bien es resultado de procesos culturales locales —cada vez más globalizados— o que constituye la imposición de un sector de la sociedad con base en una creación de sentido que ha encontrado en los medios de comunicación y en las redes sociales aliados inigualables.

Una de las razones por las que probablemente la enfermedad se haya convertido rápidamente en una pandemia, que por primera vez en la historia ha afectado a la mayoría de los países al unísono, ha sido la hiperconectividad resultante del desarrollo de la aeronavegación comercial, lo que ha contribuido a la propagación del virus de manera inusitada. Si bien estas notas son escritas en plena escalada de la pandemia en Sudamérica y en medio de una cuarentena que ha constituido hasta el momento la única medida eficaz para frenar la infestación, ya comienza a vislumbrarse un futuro pospandémico que pareciera presentar dos escenarios posibles. Uno de ellos, en el que se volvería a la normalidad conocida a partir del hallazgo de la vacuna; el otro pareciera presentar un nuevo mundo signado por nuevas formas de relacionarnos con el entorno. Si bien aún es temprano apostar por uno u otro, pareciera que el más probable sería el primero de ellos, aunque reflexionar acerca de lo que podríamos aprender sobre esta crisis bajo diversas ópticas, la ambiental, sanitaria, económica y

Museo de La Plata, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata. / Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, Universidad de Belgrano, Bs. As., Argentina. / czavaro@fcnym.unlp.edu.ar

la política, por ejemplo, resulta relevante a fin de apostar a una nueva racionalidad por la que considero necesario bregar como horizonte posible.

La primera de las reflexiones nos sitúa ante la evidencia de que, a pesar de creer dominar el mundo, somos seres biológicos sujetos a los avatares de la naturaleza y a una evolución azarosa que distribuye de manera aleatoria capacidades genéticas diferentes que condicionan nuestra respuesta ante presiones de selección como las que podría representar un virus capaz de eliminar de las poblaciones a aquellos individuos inmunodeprimidos o menos resistentes. Paradójicamente, han sido los complejos procesos de hominización y humanización que marcaron nuestra historia como especie (Topete, 2008) los responsables de que hayamos desarrollado una capacidad racional de comprender el entorno, de utilizar herramientas, crear tecnología y desplegar una cultura simbólica y elaborar una ética que nos ha permitido trascender al darwinismo social (González Vicén, 1984). Con ello se desafía a la selección natural en atención a valores y principios de igualdad en el derecho a la vida, que parecieran sucumbir ante una racionalidad devaluada por intereses que poco tienen de éticos.

Esta perspectiva nos llevaría a revisar algunas prácticas como el uso irresponsable del ambiente, que lejos de ser entendido como el entorno vital para la vida, ha sido utilizado como una canasta de recursos (Gudynas, 1999) que ha ocasionado un deterioro sin precedentes, generando un escenario casi distópico aun antes de la pandemia. Se ha postulado que el avance de las fronteras urbanas, que redujo los ecosistemas naturales a parches que afloran entre las grandes extensiones de cemento, es responsable del contacto del hombre con especies portadoras de patógenos. Aun así, el origen de la pandemia en China, asociada al consumo alimentario de animales exóticos, más que resultante del uso intensivo del ambiente, nos enfrenta a una diversidad de tradiciones culturales que, desde la racionalidad nordocéntrica imperante, responsabiliza a algunos pueblos como causa de los males de la humanidad, estigmatizándolos bajo una perspectiva intencionalmente acrítica que supone una mirada peligrosa en tanto se intente, en nombre de una racionalidad global, censurar tradiciones locales.

Es irónico que estas presiones sobre el ambiente no han sido consecuencia del crecimiento demográfico —más allá de que éste constituye un dato fáctico— ni de la necesidad exponencial de obtener recursos como postulaba Malthus (1798) para alimentar a la población, sino resultado de un sistema de producción que ha depositado en el consumo el motor de la acumulación de capital y riquezas en una sociedad económicamente polarizada. A su vez, eso ha traccionado una desigualdad social que se verifica en la existencia de países desarrollados a expensas de los recursos extraídos indiscriminadamente de aquellos del llamado Tercer Mundo que, aun

siendo dueños de enormes riquezas naturales, ocupan los últimos escaños respecto del desarrollo y de las condiciones de vida de su población.

Claro, es que el desarrollo ha representado la gran estafa del modelo que, basado en una falsa perspectiva de progreso, ha logrado naturalizar la necesidad de trabajar incansablemente para consumir y alcanzar cierto estatus en la sociedad, y son las clases marginadas, quienes con su trabajo son el motor de la producción de bienes de consumo, aunque no puedan satisfacer sus necesidades básicas. No es casual, entonces, el interés de algunos medios de comunicación, que como parte de la maquinaria de construcción de sentido en representación de intereses económicos que no suelen explicitar, insistan en la necesidad de sostener el ritmo de producción —a pesar de la pandemia— bajo el supuesto de que la caída abrupta de los indicadores económicos a nivel global (CEPAL, 2020) es consecuencia de la cuarentena. Lo hacen porque es probable que no sea la fracción de la sociedad más privilegiada la que se expone al virus y a las consecuencias que esa desigualdad pueda traer a quienes lo contraen, ya que en las fábricas y en particular en los barrios periféricos, en condiciones precarias de vida y en hacinamiento, y sin agua potable, es difícil mantenerse al margen de los riesgos de contagio. Es este sector el que menos acceso tiene al sistema sanitario y a un eventual respirador, que en medio de la pandemia, constituye la diferencia entre la vida y la muerte.

La disyunción entre economía y cuarentena resulta entonces un sinsentido por cuanto explicita una crisis que más que sanitaria o económica constituye una encrucijada del capitalismo como sistema que fuera anticipada desde fines del siglo XIX y que da cuenta de una desigualdad entre clases sociales (Marx, 1867) que la pandemia tampoco ha podido invisibilizar. He ahí la gran paradoja que devela la pandemia: una crisis de valores, en las que unos y otros sujetos “valen diferente” según el capital económico, cultural o simbólico (Bourdieu, 1987; 1913) que han logrado atesorar.

La cuarentena, además, ha sido interpretada por una fracción de las clases medias y altas como una violación al derecho y a las libertades individuales con las que han sido empapeladas todas las tribunas de la propaganda capitalista. Se le incluye entre los más preciados valores de la sociedad y se le asigna un valor más alto que el que le otorga a la vida, haciendo responsables de la crisis a los gobiernos que han instrumentado el confinamiento de forma más o menos estricta, y logran que las clases más afectadas terminen reproduciendo un discurso que incluso resulta ajeno a sus propios intereses.

Ante esta coyuntura, el Estado comienza a resurgir en algunos países (entre ellos Argentina), como una suerte de benefactor al desempeñar un rol central en el financiamiento de la investigación científica, en el fortalecimiento del sistema público de salud o en el sostenimiento de las economías regionales y familiares como estrategia para sustentar el consumo en

una economía cuanto menos paralizada a escala planetaria, y que enfrentan las críticas de un sector que considera a la inversión social como un gasto desmedido, aunque, paradójicamente, clama por el rescate de sus empresas bajo el discurso de la importancia de garantizar el empleo. Esta manera de manipular la opinión pública e instalar racionalidades acríticas obliga a repensar el rol de la ciencia y de los intelectuales (Naidorf, 2010) en su contribución a consolidar una construcción de sentido que sea capaz de promover un mundo más igualitario.

En síntesis, si bien el coronavirus nos ha situado ante una crisis económica y sanitaria sin precedentes a escala planetaria, regional y local, también el confinamiento ha mostrado no sólo ser la mejor opción por el momento para evitar el contagio, sino que al frenar el uso indiscriminado de los recursos naturales hace factible la restauración acelerada de un ambiente que sistemáticamente ha sido agredido por una racionalidad “hackeada” por el sentido común. Éste, al custodiar intereses que poco tienen que ver con los valores y el interés colectivo, ha fomentando una cultura del consumo y del desecho que ha convertido al mundo en un lugar casi distópico y profundamente desigual. Esa racionalidad, construida a lo largo de nuestra historia como civilización, ha entrado en crisis junto con el sistema de valores que conforman la trama social del capitalismo neoliberal como sistema. Quizás esta pandemia termine por presentarnos una oportunidad para refundarla, convirtiéndose en el mayor de sus réditos.

BIBLIOGRAFÍA

- Berger, P. L. y Luckmann, T. (1968), *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu Ed.
- Bourdieu, P. (1987), "Los tres estados del capital cultural", *Sociológica* 2(5): 11-17.
- Bourdieu, P. (2013), "Capital simbólico e classes sociais", *Novos estudos CEBRAP* (96): 105-115.
- CEPAL (2020), "América Latina y el Caribe ante la pandemia del COVID-19: Efectos Económicos y Sociales", *Informe Especial num. 1, COVID19*.
- Gudynas, E. (1999). "Concepciones de la naturaleza y desarrollo en América Latina", *Persona y Sociedad*, 13(1), 101-125.
- González Vicén, F. (1984), "El darwinismo social: Espectro de una ideología", *Anuario de Filosofía del Derecho* 1: 163-176.
- Leff, E. (2011), "Sustentabilidad y racionalidad ambiental: Hacia "otro" programa de sociología ambiental", *Revista Mexicana de Sociología* 73 (1): 5-46.
- Malthus, T. (1798), *An Essay on the Principle of Population*. London.
- Marx, K. (1867), *El capital*, libro I. Madrid: Siglo XXI.
- Naidorf, J., Martinetto, A. B., Sturniolo, S. A., & Armella, J. (2010), "Reflexiones acerca del rol de los intelectuales en América Latina", *Education Policy Analysis Archives* 18: 1-45.
- Topete, H. (2008), "Hominización, humanización, cultura," *Contribuciones desde Coatepec* (15): 127-155.
- Zavaro, C. (2018), "¿Saber sobre la naturaleza o naturaleza del saber?", *Ludus Vitalis* XXVI (50): 275-278.